

## El árbol de la vida

# La melancolía de Larra

La necesaria conclusión a la que llega Larra es que vive en un país donde la profesión de escribir o la afición a leer son considerados un «pasatiempo de gente vaga o mal entretenida». Lo que se escribe es, por lo demás, malo, un montón de novelitas fúnebres y melancólicas

deplorables décimas.

Obsesionado por el tema de la educación, Larra describe de forma satírica la situación que se daba en España antes de la llegada de los franceses, un país saturado de rezos, lecturas de vidas de santos y misas diarias. Se evitaban, por supuesto, los libros prohibidos. Larra seguramente pensaba que ciertas cualidades nacionales eran perfectamente aprovechables, por lo que se imponía un cierto equilibrio entre lo nacional y lo extranjero en la educación de los jóvenes. Frente a la brutal franqueza de los castellanos viejos y la ridiculez de las gentes que quieren pasar por finas en medio de la ignorancia de las conveniencias sociales, Larra defiende el potencial y los valores que aportan los extranjeros a un determinado país, hasta el punto de que los gobiernos sabios y prudentes se hacen eco de estos valores. Advirtiendo que España está en un período de transición, que están cambiando las

ideas, usos y costumbres, y que todo ello está afectando lógicamente a la educación, Larra enfatiza el valor de la enseñanza, las reformas y las ideas nuevas, porque sabe que el espíritu represor ahoga el vuelo de las ideas.

Contrario al espectáculo en que se ha convertido la condena a muerte de una persona, Larra habla del 'abuso inexplicable' que se hace del hábito de la pena de muerte en los pueblos modernos. Critica a la tiránica sociedad, teóricamente civilizada, con avances en religión y política, por exigir valor y serenidad a los condenados a muerte, mientras el pueblo contempla la marcha fúnebre del reo como si tratase de una fiesta o un espectáculo. Esta mirada descarnada sobre la sociedad de su época se hace patente cuando Larra censura el sistema penitenciario, la falta de amparo que tienen los presos en la cárcel. La falta de igualdad ante la ley es un aspecto más de una falsa, incompleta y usurpadora sociedad que acepta el garrote vil como medida de justicia.

En ocasiones, Larra se deja llevar por la melancolía, por la nostalgia de una época ya pasada, el siglo XVIII, un tiempo de tiranía e Inquisición, pero también de mayor libertad, de menos censura, una época en la que no se perseguía por ser liberal o carlista. Azotado por esa melancolía, en el día de difuntos de 1836, Larra contempla Madrid y se le asemeja un vasto cementerio. Los edificios se convierten en tumbas donde reposan el trienio liberal, la libertad de pensamiento, el crédito español y la verdad. Esta visión de Madrid como un sepulcro es una metáfora de la propia situación del escritor, cuyo corazón no es más que otro sepulcro, lo que se traduce en una vida sin esperanza. Este carácter melancólico que adquiere la escritura de Larra se traduce en un descontento con su vida y su fatua existencia de escritor. Insatisfecho con la vida, en medio del caos y la degradación de una sociedad que no comprende, Larra se debate entre el desengaño o la muerte. Ésa es la alternativa. Parece que Larra tenía claro cuál era su camino.



LOS ARTÍCULOS DE LARRA son piezas que nos descubren la vida cultural y las costumbres de España a principios del siglo XIX. Larra escribe sobre la incultura y la rusticidad de nuestro país, con librereros que no se arriesgan, autores que no escriben y se dedican a la traducción, señoritos que gastan lo indecible en fiestas y saraos, y periodistas que no invierten en buenos redactores porque no se lee. Además, Larra observa que los españoles siempre encuentran razones para no estudiar, con las consecuencias negativas que tiene para el saber y para la lectura de libros. Llegados a este punto, la necesaria conclusión a la que llega Larra es que vive en un país donde la profesión de escribir o la afición a leer son considerados un «pasatiempo de gente vaga o mal entretenida». Lo que se escribe es, por lo demás, malo, un montón de novelitas fúnebres y melancólicas.

No se puede hablar, por tanto, de una auténtica literatura nacional, sino de un 'enjambre de autorzuelos', un 'país de autorcillos y traductores'. Ante semejante panorama, Larra se complace en atacar a determinados autores insulsos que infestan la literatura y a los poetas de segunda fila con sus



Pedro Amorós

## COMPLICIDADES

Carlos Marzal



## ¿Y si fuese un ritmo?

No creo demasiado en mis elucubraciones, en su capacidad de acierto, en su importancia, pero el caso es que me gusta elucubrar. Creo a pies juntillas, eso sí, en la capacidad de acierto de mis elucubraciones para mantenerme entretenido, en la importancia privada que poseen a la hora de ocupar parte de mi actividad mental, que suele ser incesante, aunque se emplee la mayor parte de las veces en nimiedades.

Sin elaborar hipótesis poco probables sobre cualquier cosa, no estaría en mi ser del todo. Yo soy yo y mis teorías. Dispongo de una, para cada asunto de mi interés, e incluso para cada uno de los asuntos que no me interesan, y, si no me convencen por completo, puedo elaborar una diferente que me satisfaga, hasta que deje de hacerlo y me obligue a buscar una alternativa. Ese es uno de los privilegios de los pensadores domésticos: somos dueños y señores de nuestro sistema filosófico cambiante. Profeso desde hace mucho el Caprichismo trascendental, que algunos han llamado Existencialismo aleatorio.

La Literatura (de la cual la Filosofía no representa más que una variedad, una modalidad importante, con sus preceptos propios, con sus protocolos y ambiciones), la esencia de la Literatura, constituye una materia sobre la que suelo meditar, aunque el verbo meditar tal vez sea demasiado solemne para la actividad de mi pensamiento, y el sustantivo esencia parezca vestir de gala, algo que nunca suelen hacer mis ideas desarrapadas. Pero de alguna forma hay que decir las cosas.

Cuando un escritor nos apasiona, cuando entendemos que ha acertado a decir de una manera inmejorable lo que nosotros intuíamos sólo de forma brumosa, cuando sentimos ese alegre desasosiego de la emoción estética que compromete nuestra inteligencia, ¿qué causa, en la escritura, ese complejo asentimiento? Me parece que sólo existe una respuesta: todo. El todo de la escritura.

Pero lo cierto es que la escritura, la literatura (y todas sus variedades) son una manifestación verbal, palabras enlazadas las unas con las otras, para crecer de forma arborescente a través de frases, y de párrafos, y de páginas, hasta cerrar el discurso que todo texto elabora. El pensamiento no existe al margen de su formulación textual. Hasta no haberse convertido en sintaxis, en palabras correctamente ordenadas, no es más que niebla de la mente. Las ideas que no se escriben se las lleva el viento. El pensamiento oral no existe.

Ahora bien, el todo de la escritura, mientras el lector lo ejecuta, carece de partes. No podemos separar el ritmo, el fraseo, de la argumentación, ni de las descripciones, ni de los aciertos en la selección del vocabulario, ni de la eufonía con que dicho todo está dispuesto. La ejecución de la literatura se percibe en un acorde único, como la música.

De ahí mi pregunta: ¿Y si la literatura no fuese más que un ritmo de las palabras, una determinada manera de danzar con ellas, de hacerlas resonar en la conciencia, una especial armonía en la que se resuelve su complejidad?

## SOLAPAS



MARY KARR

**Iluminada**

PERIFERIA Y ERTATA NATURAE

► ¿Es posible reírse a carcajadas mientras lees un libro que trata sobre el amor, el alcoholismo, la depresión, el matrimonio, la maternidad y... Dios? Por supuesto. Iluminada es un buen ejemplo. Pocas memorias (con el ritmo de una gran novela) están a la altura de estas páginas. La joven que pasó su dura infancia en Texas, en el seno de una familia mucho más que 'peculiar', vive durante su primera madurez un infierno del que sólo

pueden salvarla, además de la literatura y la fe, la ayuda de otros que pasaron antes por lo mismo.